

LA EXPERIENCIA DE REBELDÍA ANTE LA INJUSTICIA Y LA AUTONOMÍA MORAL EN LA ESCUELA

The experience of rebellion against injustice and moral autonomy at school

Alberto Aguilar Álvarez¹

RESUMEN

La rebeldía ante la injusticia que se vive en la escuela es una fuente de la autonomía moral que no ha sido aprovechada como experiencia primigenia. La injusticia no es un concepto sino una realidad de desajuste, de malestar; de ella se aprende lo que sea bueno. La escuela parece tener un carácter estructural injusto que tampoco ha sido aprovechado, más bien se ha optado por la formación en valores como orientación, con lo cual hay una veta de investigación muy grande que aquí se pretende poner en evidencia. La investigación reflexiva es una propuesta metodológica para su abordaje.

Palabras clave: Experiencia, Rebeldía, Injusticia, Autonomía moral

ABSTRACT

The rebellion against injustice experienced in school is a source of moral autonomy that has not been used as a primeval experience. Injustice is not a concept but a reality of mismatch, of unrest; from it you learn what is good. The school seems to have an unfair structural character that has not been taken advantage of either, rather it has opted for training in values as orientation, with which there is a very large vein of research that is intended to be highlighted here. Reflective research is a methodological proposal for its approach.

Keywords: Experience, Rebellion, Injustice, Moral Autonomy.

INTRODUCCIÓN: FENOMENOLOGÍA DE LA REALIDAD PROBLEMÁTICA

Las experiencias de la vida llevan a construir un mundo que se considera real, a partir de los hechos que conforman dichas experiencias. El juego, en la infancia, es un primer complejo que encierra vivencias de aprendizaje. Se aprende el "mundo" a través de las canicas, el trompo, las escondidillas, el toro quemado. Se descubre que la vida es mucho más que deseos, que pen-

¹ Universidad Interamericana A.C, Puebla, México. Orcid id 0000-0003-4889-6494, a.aguilarlainter@edu.mx

samientos aislados, que sentires; pero, al mismo tiempo, se reconoce que la vida es deseos, pensamientos aislados, sentires y mucho más que eso. Seguramente preguntarán cómo es posible "construir mundo" en la infancia, cómo es posible que los niños interroguen filosóficamente sobre su realidad. ¿Existe algo que podamos llamar "su realidad"? ¿No sería mejor preguntar cómo es posible que los niños interroguen filosóficamente desde la realidad y en la realidad? Cabe la pregunta si la gente grande sabe o recuerda las preguntas que se hacían cuando eran niños. A los adultos se les olvida cómo pensaban cuando niños porque los compromete con una forma de pensar que tienden a descalificar: el pensamiento reflexivo.

Tal parece que hay una etapa en la que se aprende los usos de la razón de una manera estandarizada, de una manera dada, estructurada desde un modelo preconcebido y aceptado inconscientemente como proceso legítimo del conocer. Se experimenta, se elige, se juzga, pero casi nunca se pregunta uno si sabe juzgar, menos la forma como se juzga; se aprende que conoce quien valora las cosas y las aprecia; algunas veces se dice que aprender a tomar decisiones era de sabios y se sueña con la sabiduría, pero al otro día los desengaños llevan a destruir los sueños, para "poner los pies en la realidad".

¿Cuándo esa realidad fue adjetivada como justa o injusta? ¿Quién lo enseña? Tal parece ser que se aprende mediante el juego, en interacción con otros niños, "sintiendo" las cosas del juego, "sintiendo" las reglas aprendidas, "sintiendo" el deseo de participar; en otras palabras, "sintiendo el juego en toda su complejidad" pero sin distinguirlo de la realidad, más bien, como prolongación de la realidad o como una sola realidad. Existe la sospecha que los primeros aprendizajes no son analíticos, sino más intuitivos o sintéticos. Habrá que probarlo. Como dice Zubiri (1983) se aprende a pensar mientras se siente y a sentir mientras se piensa. Así se aprende, de alguna manera, que las personas no siempre son justas, que hacen "cosas" que podrían hacer de otra manera. ¿Por qué lo hicieron así o por qué dicen eso, tal o cual cosa, si no es cierto?

¿Es que acaso la injusticia se aprende y de ella se deriva el aprendizaje de lo que sea el ser justo? ¿Por qué duele que no te crean? ¿Por qué te duele el cuerpo ante la impotencia, cuando no puedes desquitarte de lo que te están haciendo y es malo? ¿Cómo se sabe que es malo? Por supuesto que no se "sabe", pero se siente. El dolor, el asco, se sienten ante la incompreensión, ante el hecho de no ser entendido. Duele, pero es más sorprendente el que te descubras como querido, protegido, o en otras palabras que al final sí te crean.

Cuan ingenuo se puede ser al pensar que con ir a la escuela se resolverán las dudas; sobre todo si se piensa que al ir a la escuela uno va a aprender por primera vez, como si no se hubiera aprendido ya, antes de ir a la escuela.

Pero qué es lo que se ha aprendido, entre tantas cosas, sino es a obedecer. ¿Por qué el niño tiene que contestar cuando le preguntan? ¿Qué derecho tienen las personas mayores a preguntarle a un niño, sólo porque se ve gracioso resolviendo cuentas? Pero, si lo que en verdad siente es el deseo de quedarse callado, ¿por qué tiene que contestar, qué autoridad hay en las personas mayores para que el menor se sienta con la obligación de contestar? ¿Quién le enseña que no hacerlo está mal?

En algún momento se aprende lo que está bien y lo que está mal, antes

de ir a la escuela. Se experimenta a partir de la interacción con los adultos. Casi siempre es un adulto el que enseña, entonces parece ser que hay algo dado en ellos que los legitima a hacer que los pequeños obedezcan y hagan las cosas como se les ha enseñado.

Sin embargo, no sólo se obedece. Se aprende, junto con el obedecer a sentir que no se quiere cumplir la orden, o la demanda disfrazada de favor. Se descubre que dan ganas de desobedecer o se desobedece sin más, pese a que le digan que se es malo, pese el regaño o el castigo o las miradas taladrantes de los mayores, que juegan el rol de autoridad; también se experimenta la sensación de hacer cumplir el deseo de no obedecer, de no cumplir, como de retar a aquello que se ha impuesto sin consentimiento de una de las partes afectadas.

Ya en estas experiencias se empieza a dudar de lo que le han dicho a uno que es malo lo sea y lo que es bueno lo sea también, sin embargo, se aprende que más vale obedecer o se atiene uno al coraje de la autoridad. ¿Llega un momento en que ya no se puede más y se rebela uno o simplemente se somete a la autoridad?

LA ESCUELA: ROSARIO DE SOSPECHAS

Le dicen desorganizado. Quienes no conocen su desorden desean encontrar el "orden" desde su propia forma de organizar; aunque ésta no sea la forma de organizar del caótico. En la manera de planear y relacionar elementos para aprender cosas, se pierde uno cuando olvida que las cosas no tienen orden alguno. Y si lo tienen, este se encuentra dado por el pensamiento humano; por aquello que o bien se denomina como "lo dado" o bien se descubre que "así ha sido siempre" porque así se ha mandado.

Uno "crea", en sentido lato, cuando "transforma" las cosas y en ella se incluye a los seres humanos, pues comprobado está que se transforman al transformar. ¿Cuál es el valor de un aprendizaje caótico y desorganizado, frente a un orden de ideas que dan a entender de una forma "dada" lo que se debe entender como tal o cual cosa y no otra? Lo dado como tal tiene su relevancia para comunicarnos y tener "en común" elementos para entendernos y convivir, para que se dé una interrelación social entre los que supuestamente somos animales políticos, pues la "polis" nos está haciendo constantemente. Pero, aquí cabe señalar que hay una riqueza, quizás dada por la "polis", pero antes de la escuela, que no se ha sabido aprovechar: las experiencias primigenias.

Una de estas experiencias tiene que ver con el orden impuesto. Por qué razón se tiene que aprender bajo una lógica que a veces parece ser la lógica de una respuesta y no la secuencia de un proceso de búsqueda. Cuando se aprende a improvisar, cuando se tiene que complementar, cuando te hacen partícipe de la construcción del cuento, de tu aprendizaje, entonces la sensación es de bienestar, de sentirse tomado en cuenta; te hacen sentir que importas y que puedes inventar aunque sea en desorden; cuando se te exige que termines el cuento, la plana o la lección ordenadamente, se te enseña que hay una forma de hacer las cosas y se va generando en ti la capacidad de la regulación, del hábito, pero hay en ello un acto de violencia, tal como el acto violento de aprender a contener las esfínteres, a comer a tal o cual hora y no cuando tienes hambre.

Pues bien, pese a que es necesario el orden, la experiencia de rebeldía que genera alinearse a ciertas formas preestablecidas para hacer las cosas genera dudas sobre su validez, sobre todo cuando se deja de hacer las cosas como uno quiere para tener que hacerlas como otros lo mandan, apelando a tal orden, como si tal orden fuese una autoridad suprema infalible y que misteriosamente alguien puso ahí y no se puede desordenar. ¿Qué pasa cuando se percata de que hay quienes rompen el orden y no les pasa nada? ¿Qué sucede cuando uno se da cuenta que tal orden es inventado o acordado por alguien a quien le conviene que así sean las cosas? Algo debe pasar en nuestra mente, aunque no seamos capaces de explicitarlo.

Vale la pena hacer notar que en los seres humanos está impregnado el deseo de enseñar o la necesidad de responder ante las preguntas de quienes todavía no saben lo que otros ya saben. En otras palabras y como Leonardo Boff (2001) dice, en cada uno de nosotros se inserta la necesidad de ser cuidado o de cuidar a alguien, y en ese cuidar está dada la educación.

¿Cómo detectar, cómo saber que ese cuidar o ese estar siendo cuidado lleva un orden, si las necesidades no siguen tal orden? No cabe duda, antes de los maestros de la escuela, tenemos "maestros" que o bien nos saben cuidar o bien no, pero que nos enseñan también como podemos enseñar; y la forma en que se puede uno percatar de cómo es que más lo hacen, es en el caos, desarrollando su creatividad para salir adelante en los problemas que enfrentan al momento, desorganizadamente, sí, pero creando su propio orden, improvisando y cambiando el orden con el que a veces nos han contado el cuento en su versión original. El objetivo no es el cuento, ese es el pretexto, el fin es el niño al que le cuentas el cuento, lo que haces que hace el niño con lo contado y con lo que le pasa a él. Lo demás es... "puro cuento".

EL APRENDIZAJE Y LA VIVENCIA DE LO MORAL

El aprendizaje de lo que es bueno o malo, de lo que es justo o injusto, logrado antes de ir a la escuela, con la enseñanza, consciente o no, de las personas que nos rodean, puede ser o profundamente educativo, en el sentido de promover lo que somos y estamos siendo para "hacernos humanos", o bien pueden ser experiencias que bloquean nuestras capacidades para llegar a ser.

En este llegar a ser, en el que verdaderamente tenemos maestros que nos enseñan "cosas", se da una riqueza que en la mayoría de las ocasiones se pierde al ingresar en la escuela, aunque se ganen otras. La sospecha es que la escuela, si bien contribuye en ese llegar a ser, que desea colaborar en el desarrollo del ser humano ha tenido un olvido tremendo con consecuencias garrafales: este olvido es querer situar al ser humano que se desea formar, en una vitrina en la que existen moldes para ir "adecuando" a cada uno de los alumnos en el lugar que le corresponde, según el modelo institucional o la moda histórica de lo que sea educar.

Vale la pena decir que, si bien existe buena voluntad para "educar" a los estudiantes en la escuela, ésta se ha convertido en un lugar en el que no surge la pregunta por el qué es ese ser humano que se pretende formar, inclinándose a suponer que es un supuesto ya dado en las políticas y los procesos de planeación que el centro escolar, o escuela, tiene, o que, de otra manera, ya se encuentra en el sistema educativo al que pertenece la escuela. ¿De

verdad es así? Por supuesto que no. La pregunta por las exigencias básicas o normativas que hacen del hombre un ser humano está evadida, no aparece en el imaginario de profesores, directivos, padres de familia, en la escuela; pero sí está en el alumno, cuando se pregunta: ¿qué quiere este maestro? ¿por qué me tratan así? ¿cómo quieren que responda? ¿cómo quieren que sea?

Quienes dedican su vida a la escuela, y reflexionan sobre ella, de manera profunda, se preguntan por qué la escuela no incorpora la experiencia del conocimiento y la educación moral lograda, que, no dada, antes de que el niño vaya a la escuela, y de ahí parta a nuevas experiencias morales. ¿Por qué hacer de cuenta que no ha pasado nada y partir de un cero que no es cero? ¿Por qué partir de una moral dada y no de una moral lograda? Tendrá que ver con la idea generalizada de que el niño, cuando entra a la escuela todavía no ha desarrollado su juicio moral, todavía no es consciente de lo bueno y lo malo, todavía no es capaz de preguntarse por lo justo y lo injusto.

¿Para qué sirve la escuela, si no toma en cuenta lo que uno ya sabe? ¿Qué se pretende cuando al alumno le quieren enseñar lo que se considera debe aprender y no lo que se puede saber a partir de lo que ya se sabe? El choque o desajuste que provoca el tener que aprender cosas que uno no entiende y repetir sin más, tan sólo porque te lo ordena el profesor es una experiencia que te lleva sin tener tanta conciencia a darte cuenta de que hay algo que no te gusta. La escuela, a través de los profesores cometen una serie de injusticias a través de la justificación de que es su deber enseñar, hacer que el alumno aprenda aquello para lo cual a él lo contrataron. El deber está por encima de la creatividad o de la cerrazón, si se quiere ver así del estudiante que no le gusta tan sólo repetir lo que le dicen, sino que se encanta con su saber y a todo le ve cara de aquello que él sabe. Es injusto el que te traten y cataloguen como necio por defender lo que tu entiendes que es así. Puede que estés equivocado. No es raro que así lo sea. Pero, por qué no habría de estarlo si uno va a la escuela a aprender. Si uno ya supiera, ir a la escuela estaría de más. Pero uno ya sabe, y la escuela no sabe lo que uno sabe. Así sin más quieren que se aprenda de acuerdo con una forma estipulada de aprender que no importa ya si está o no vinculada a la forma como uno aprende o en base a lo que ya se sabe.

Pero eso no es todo, por qué alguien que tiene la finalidad de enseñarte, para que aprendas, tiene que enojarse porque no entiendes lo que quieren que hagas, en lugar de buscar la manera de hacerte entender. Por qué enojarse contra quien hace lo contrario de lo que se le pide que haga. Por qué molestarse contra la rebelión de quien termina haciendo lo que sabe hacer antes de hacer lo que se le pide que haga, pero que no sabe hacerlo o no quiere hacerlo porque siente que así no es. El rebelde y el necio se parecen tanto y reciben casi las mismas sanciones que luego se cree que son iguales. Ya se verá que no.

La experiencia de la injusticia, vivida en carne propia, es una de las enseñanzas más duras que se tiene en la escuela. Desde la situación en la que llegas como "nuevo", ya sea porque eres de los de primer año, en cualquier nivel educativo, ya sea porque ingresas a una nueva escuela, hasta la situación en que eres castigado sin tener culpa alguna en lo que se castiga, o responsabilidad alguna en lo acaecido. La sensación de impotencia, sobre todo cuando no te puedes oponer a la "voz" de la autoridad, llámese profesor,

llámese director, se lleva siempre presente una vez que se vive. Nada grato es darse cuenta de que así tengas razón, las "razones" de la autoridad se imponen y finalmente son las que más cuentan. ¿Cuáles son los saberes que se obtiene de esas experiencias "educativas"? ¿Uno aprende lo que no debe hacer o uno aprende cómo hacer cuando se quiere ver al otro sufrir? ¿Uno se vuelve injusto porque aprende o uno es injusto de por sí? ¿Se tiende a ser injusto o eso se lo enseñan a uno? ¿Cuál es el papel de la escuela en esta mediación? ¿Por qué los adultos o la autoridad normalmente no creen en los "pequeños" o en los subordinados? ¿De dónde brota esa desconfianza en el otro?

Hay experiencias en las que se puede presentar molestia porque no se cumplen las expectativas, ante la ausencia de lo esperado o la presencia de otra cosa de la que se esperaba se siente tristeza o desencanto, pero no siempre se siente el malestar que provoca un acto injusto o el dolor que ocasiona el que se le quite a uno algo que le correspondía. La experiencia de injusticia en la escuela se siente cuando la comete, sobre todo, una autoridad que esperas sea quien te proteja y te cuide y no quien sea tu verdugo. Cuando esperas que te ayude y tome una decisión justa, porque así sucedieron las cosas y aunque no estén de acuerdo con la norma y crees que va a poner a la persona sobre la norma y no es así, el dolor y el sufrimiento es muy fuerte pues algo hay en ello que no checa. Así debe ser, no te cabe duda, si así lo marca la ley, pero la sensación de que se trata de algo injusto nadie te la quita. Quizá ni tienes conciencia, cuando está viviendo este tipo de injusticias, de que la persona vale más que la norma o lo establecido por un reglamento, que la ley es para el hombre y no el hombre para la ley, es difícil creer que esto lo contemple uno cuando se encuentra en la escuela primaria si a veces no se da ni en el nivel universitario esta comprensión, pero lo que sí es cierto es que lo que se siente, el sentimiento de que algo está ocurriendo contigo y que te duele porque te perjudica te lleva a sentir coraje, sobre todo si eres impotente para poner las cosas como crees que deberían ser. Claro, si tú estás diciendo la verdad, si tu madre está diciendo algo verdadero, por qué poner en tela de juicio y no creerle, por qué dañar bajo el "principio" de "piensa mal y acertarás", por qué sufrir una injusticia en la escuela por procesos que no valen lo que valen las personas. De experiencias como ésta, brotan sentimientos complejos pero que apuntan a lo que pudiera ser el desarrollo de la autonomía moral.

De esta sensación brota un sentimiento de rebeldía contra lo impuesto, contra la ley por la ley, contra la autoridad que no quiere ver la verdad de las cosas y se apegas a un criterio que le quita de problemas más que solucionar el problema. Hay en esta experiencia un caldo de cultivo para rebelarse en contra de todo aquello que sea impuesto y que además sea injusto, porque hay otras vivencias a través de las cuales también se aprende que hay imposiciones pero que no son injustas, que se aceptan sin provocar un malestar, porque no te causan el mismo daño o dolor que las acciones injustas. Uno aprende esto al paso de la escuela, pero no siempre se es consciente de que lo está uno aprendiendo.

En esa dialéctica de lo externo y lo interno se aprende a distinguir entre saber y no saber. Tú sabes que no sabes cuándo violas las reglas del juego o de la convivencia cuando no respondes de acuerdo con lo que esperan que contestes. Pero, en verdad sabes que no sabes cuando alguien te hace

notar que las cosas que hiciste no "debieron" haberse hecho así; a veces ese alguien eres tú mismo que, bajo sospecha, siempre hipotética la situación, te percatas de que las malas caras o las miradas de las personas que te rodean no son de aprobación. ¿Cuándo aprendes que esas malas caras o esos gestos son desaprobatorios? Creo que, desde pequeños, sobre todo cuando se crece bajo la ética del NO, la ética prohibitiva, que te pretende llevar a la perfección, que busca que en tu proceso formativo no cometes sino el mínimo de errores.

En dicha ética, el no saber es una condición de negación que lleva a la descalificación. Bajo esta óptica se hace evidente que el deseo de saber que va acompañado de un grado de ignorancia es imperfección y por tanto desde pequeños aprendemos que el que pregunta no sabe, el que no sabe es ignorante y ser ignorante es malo porque es ser imperfecto. La cultura de la perfección con sus paradigmas educativos, que están estrechamente vinculados a la ética del deber, a una ética de la negación, nos está deshumanizando, dice Ricardo Peter (2001). La búsqueda de perfección que nos introyectan en la escuela es una más de las injusticias que se sufren en ella, se nos enseña que la perfección es meta para lograr, lo que es una utopía se presenta como una cosa real concreta, lo que es inalcanzable se nos hace creer que es alcanzable. El sueño del éxito confundido con hacer bien las cosas y el mito de que ello fracaso te llega por no saber lo que tienes que hacer según un modelo preestablecido lleva a una injusticia en la que no se reconoce que justamente lo que te puede llevar al tal éxito sea el que te equivoques, el que caigas en la cuanta de tus errores, de que te des cuenta de que no sabes, porque de ello se puede desprender el deseo de saber, de no volverte a equivocar, de hacer las cosas de otra manera. De ello puede llegar la innovación, el cambio, el desarrollo personal y de las cosas que operas y de lo que operas en ti como alguien que está para aprender.

Parece ser que uno aprende a partir del desequilibrio que provocan las nuevas situaciones que no entran en los esquemas previos prefigurados en uno a través de las experiencias pasadas (Piaget, 1993) ese desequilibrio debería ser aprovechado por la escuela para generar conocimiento nuevo en el alumno, al final de cuentas así sucede en ella, a punta de "trancazos" se aprende a jugar fútbol, a participar del recreo y divertirse, a sufrir ante lo que no se sabe y se tiene que aprender con tal de que no lo excluyan o rechacen del juego.

Lo que uno aprende en el recreo, justamente o no, a fuerza o no, y las experiencias que ahí se tienen, no son tomadas en cuenta por parte de la escuela. Para el asunto de aprender a ser justos, la vivencia del juego y la hora del recreo es materia prima reciclable, que debería utilizarse para educar en la búsqueda de personas más justas. Retomar las experiencias de injusticia que se cometen a través del juego, o en el recreo, es otra fuente innegable para hacer que el alumno se pregunte por lo que sea bueno o no, pero no desde lo que dice el profesor, o desde donde se castiga o no a quien viola las normas, sino desde la experiencia misma y desde lo que el alumno siente. ¿Es posible apuntar a una educación que asuma consciente e intencionalmente las experiencias de rebeldía ante la injusticia en la escuela como una fuente de la pregunta moral? ¿Es posible orientar la educación hacia esta tendencia, en lugar de reprimir tal experiencia en la escuela?

EL PROBLEMA DEL PROBLEMA

Rosario de sospechas. Si, la escuela se encuentra bajo sospecha, así lo han demandado las pedagogías libertarias, que pretenden hacer de la escuela un espacio para educar la libertad, cada una de ellas desde su propio enfoque, desde la desescolarización de Ivan Illich (1971), hasta la práctica de la educación como proceso de liberación en Freire (2000), mediadas por propuestas críticas como la de Althusser (1970). La escuela está bajo sospecha, ahora también bajo el estigma del enfoque de la eficacia y la eficiencia terminal de los productos esperados por el sistema educativo que se ampara a través de una visión ingenieril o tecnocrática de la educación, para llegar a tener "escuelas de calidad". Si no hay calidad no sirve la escuela, si no hay productividad es mejor que el desarrollo de los conocimientos necesarios para ejercer una profesión se lleve al campo laboral y que cada empresa forme sus cuadros de trabajo. De una u otra forma parece ser que la escuela está de más, que ya es obsoleta. Si se quiere mirar por la parte de la informática ni se diga, lo obsoleto le viene de la mano con lo anacrónico, está fuera de tiempo, fuera de foco y no queda más que desaparecerla o recrearla, como Mardones (2000) propone hacer de la educación, un ejercicio de recreación ante una sociedad del paro.

El problema no está en la escuela sólo como institución, sino también en las personas que la conforman, por cada una de ellas que comparten su vida, como alumno, como profesor, como directivo. La escuela es un espacio en el que el ser humano pasa gran parte de su vida. Pero ¿qué tipo de vida pasan ahí?

En la escuela el hombre se encuentra con el hombre, en situación siempre concreta. Qué sea esto de la situación concreta, se intuye que se trata de un querer estar siendo uno mismo, pero, junto con ese deseo, se presenta un deseo más, entre tantos, el de estar con el otro, aunque a veces desee estar sólo y me sienta mejor estándolo, sin embargo para estar y darme cuenta de mí es que siempre me descubro estando en situación de presencia de otro, siempre se me presenta algo de mí a lo que llamo *mí mismo* con otros *sí mismos* que existen concretamente conmigo, estando, queriendo ser siendo, y de lo cual puedo ir infiriendo que hay algo que me ayuda a ser yo, con el que me siento seguro, o inseguro, pero sobre todo me siento. Ese uno mismo que no es ideal, sino que brota de las propias condiciones de tensión con las que se descubre uno en el acontecer diario de su vida. Tensión que se prueba día a día en la cotidianidad, en ese flujo de situaciones que le toca vivir.

Ese encuentro, cuando se da en la escuela se convierte en una experiencia profunda, pues en ello se va gran parte de nuestra vida y son experiencias que nos marcan para siempre. Si se trata de los amigos, no se trata de una experiencia de encuentro no con "la amistad" en abstracto, sino de personas concretas que te quieren; si es con otros, quienes te hacen daño, entonces estamos ante personas concretas que no te quieren; aunque a veces existen personas que te hacen daño queriéndote. Personas, unas u otras, de quienes aprendes cosas, de las cuales a veces eres consciente y otras ni te percatas. De personas a las que quieres o no, primero como sentimiento; de las que llegas a juzgar, luego, como buenas o malas en relación con los esquemas morales aprendidos y que se van asentando como las bases de tu conducta o los criterios que te permiten hacer, o no, algo.

La escuela bien puede ser reflexionada como ese espacio en la que ocurren cosas que uno no ve, que así sin más, parece que suceden; como si

siempre hubieran estado y así fueran a estar por siempre. La presencia de ese acontecer no mágico, sino profundamente real, donde se aprende a ser lo que se es, a partir de lo que se hace en ella, o se impone ser de tal o cual forma, según un modelo preestablecido, o dado inconscientemente en ese colectivo llamado escuela.

Una de esas cosas que suceden en la escuela, tiene que ver con una experiencia de rebeldía que brota cuando se experimenta el malestar ante situaciones en las que se tiene que ajustar a una forma de actuar como "debe ser" y aun así parece que no hiciste bien las cosas. La cosa tal es la experiencia de rebeldía ante la injusticia, que brota del estudiante que desea aprender más allá de lo preestablecido en la escuela; del que desea aprender mediante procesos que van más allá de las formas asumidas por los profesores; del que desea ser más de lo que se le dice que debe ser, porque sospecha que hay algo más; del que desea conocer lo que vale la pena, pero que no sabe totalmente lo que vale la pena, pero sospecha que no todo lo que le enseñan en la escuela vale la pena conocerlo; del que se pregunta cómo conoce y por qué debe conocer eso que se le impone y no otra cosa. Sentir y descubrir todo esto, y más, que pasa en la escuela como algo injusto, lo lleva o bien a acatarlo o bien aprende a acatarlo, sin que por ello desaparezca un cierto sentimiento de rebeldía. Una experiencia de rebeldía ante la injusticia en la escuela que nos lleva a la pregunta moral por lo bueno.

De esa experiencia de rebeldía ante lo injusto en la escuela brota la experiencia y el aprendizaje de una tal moral que pone en tela de juicio, en algún momento, lo preestablecido en ella, sobre todo cuando en carne propia se siente la "injusticia" y ya se está pensando en ella. Se hace una a la experiencia del sentir y pensar en la injusticia, incluso antes de nombrarla. ¿Qué es esa experiencia en la escuela? ¿Se puede hablar de la injusticia en la escuela como acicate para ser humano, a partir de las tensiones que se viven en ese espacio en el que se tiene la finalidad de educarnos? ¿Cómo se le encuentra su razón de ser a una escuela que no toma consciencia de que en ella se viven situaciones de injusticia que hacen del ser humano un rebelde? ¿Se nos va la vida en ello si no lo hacemos?

En la escuela ocurren cosas que uno no ve o como dice Adorno (1998) "lo que es, no lo es todo". En ese acontecer de cosas que ocurren se da la experiencia de la injusticia, que va más allá de los aprendizajes explícitos de la escuela, que se vive también en la familia, con los amigos, en el deporte, en la vida diaria. La injusticia vivida en la escuela, entre esas cosas que no se ven, o que no suceden para los que no quieren verla en sus actos, aunque sí en los demás, cuando hace surgir a una persona que ya no soporta el sufrirla, cuando genera una experiencia de rebeldía, se convierte en una fuente rica, llena de posibilidades para preguntarse por lo que sea bueno, convirtiéndose en fuente de la pregunta moral. Fuente que ha sido desaprovechada por un sinnúmero de profesores, quienes espantados por la indisciplina o la reacción de quien se rebela ante lo injusto, opta por aplicar el reglamento, buscando una sanción que le permita seguir actuando como siempre lo ha venido haciendo, no importa que sea autoritariamente y de manera injusta, en lugar de hacer de esta experiencia una posibilidad educativa que ayude a profesor y alumno a recrear la escuela y a recrearse ellos como personas, al mismo tiempo.

Una forma de acercarse reflexivamente al asunto de la injusticia en la escuela y a la experiencia de rebeldía que brota de ella, es asumiendo la

injusticia como una situación de hecho, como un desajuste que conduce al ajusticiamiento ahí donde supuestamente estamos para aprender a ser justos, a ajustar las cosas en realidad.

¿Qué ocurre con el ser humano cuando lo que experimenta tiene que ver más con el ajusticiamiento que con el ajustar? Se sufre una injusticia. ¿Por qué sufrirla en un espacio en el que se está para aprender a ser justo?

Existen personas que consideran que la justicia es cumplir con la ley del talión. Que se hace justicia cuando se injusticia, cuando se castiga de acuerdo con la falta y se le hace sentir al otro el mismo dolor que ha provocado, el mismo daño que ha causado, ojo por ojo y diente por diente, sin más. Que, en algunas ocasiones, ya lo decía antes, se siente el deseo de que así ocurra, pues sobre todo cuando la falta es muy grave o le afecta a uno personalmente. Sin embargo, otras personas consideran que la justicia consiste en hacer que se cumpla la norma de manera adecuada, pero no por la norma sino porque dicho cumplimiento hace que se ajusten las cosas de acuerdo con la realidad que ha perdido cierto equilibrio, el ajuste entonces se ve como una necesidad de que los puntos vuelvan a estar de tal manera que permita la convivencia entre los miembros de una comunidad o en la relación establecida entre dos o más sin que ninguno salga afectado.

ALGUNAS PREGUNTAS POST-INICIALES: PRE-ENUNCIADOS EJE

¿Qué es en realidad la experiencia de la justicia para el ser humano en su vida escolar, si esta le viene dada por la vía de la negación o por la vía de la imposición del poder institucional, como si se tratara de un juez anónimo?

¿Qué pasa con el ser humano que a pesar de las experiencias negativas que pudiera tener sobre la justicia en la escuela, se las ingenia para seguir viviendo en ella y a pesar de ella? ¿Hacerse humano implica aprender a ser injusto, aprender a vivir en la injusticia? ¿De esa experiencia brota la necesidad imperante de buscar la justicia?

¿Hay algo en la experiencia de rebeldía ante la injusticia en la escuela que haga que el hombre se pregunte por lo bueno moralmente?

El problema en este ensayo consiste básicamente en un asunto del campo de la ética, ya que se pretende revisar cual sea la condición de la experiencia de rebeldía ante la injusticia en el acontecer de la escuela y sus posibilidades de ser una fuente de la autonomía moral que sirva en la escuela para reeducarnos en el ámbito precisamente de la ética, más allá de la moda de lo formación en valores.

Esa condición, que exige una reflexión antropológica, que no haremos específicamente en esta búsqueda, es un punto de arranque para descubrir la realidad moral, si es que la hay, del hombre, en su experiencia escolar, que lo mueve por diversas morales. ¿Cómo surge en el ser humano, en la escuela, la pregunta ética por lo bueno o lo malo, por la justicia, por lo que "debe" o no "debe hacer"? ¿Ya le viene dado? ¿Cómo contrapone ese "debe o no hacer" con el "puede o no hacer" y con el "quiere o no hacer"?

Para llegar a ello, el camino que se utiliza es el de investigar reflexivamente sobre la experiencia de rebeldía, desde el ámbito de la ética, del origen de la experiencia de injusticia, por vía de la afirmación de ella en nuestras experiencias educativas. Una experiencia de rebeldía que se pregunta por la justicia en las relaciones que se viven en la escuela. Que se pregunta si

es posible descubrir esta experiencia, como una realidad única, en la que la escuela participe posibilitando una educación distinta a la que actualmente existe y que, desde la filosofía primera de Zubiri (1983), llamaría educación *logificadora o concipiente*.

La escuela entonces se convierte en el contexto en el que ocurren cosas que no se ven, pero que son tan reales como aquellas que son evidentes en cuanto a su presencia y legitimadas por las costumbres de la escuela como institución educativa. Costumbres que devienen en una moral que luego es aprendida consciente o no por el alumno: la moral de la escuela.

La consecuencia de fondo gira entonces en torno a si en la escuela de verdad se educa en la justicia, y si la realidad estudiada contribuye en esa educación; si el conocimiento procurado responde a la educación que busca hacer al hombre un ser justo; si el hombre mismo es eso o es algo sobrepuesto, si busca la justicia por algo que lo constituye como ser humano o es un añadido más para justificar la moral dominante en la escuela.

Una alternativa de búsqueda va por la vía de la diferenciación entre justicia como "ajuste" y la justicia concebida como "ajusticiamiento". Vale la pena pensar en la escuela como un espacio educativo en el que ocurran cosas que nos lleven a la experiencia de la justicia como "ajustar" y no como "ajusticiar" (De Velasco 2002). Que en lugar de aprender cómo se debe uno comportar, a partir de un ideal o modelo, se aprenda a ser personas reflexivas que se hacen la pregunta por el bien y el mal desde las cosas mismas que pasan en la escuela.

¿Qué implica y qué exige este aventurarse?

PREÁMBULO METODOLÓGICO

La experiencia de rebeldía ante **la injusticia en la escuela** como **una** fuente de la autonomía moral exige una investigación reflexiva, que parte de la recuperación de la experiencia profesional, en el ámbito educativo, que utiliza, en su origen, el relato en forma de anécdota, ya que el hecho no siempre está presente a nuestro campo perceptual. Lo importante en este tipo de investigación es partir de los hechos, ya que las cosas "dan de qué hablar".

Según Avilés (2005) la investigación reflexiva consiste en objetivar lo que sucede en el proceso de auto-consciencia, en las diversas modalidades de especialización de la misma actividad consciente (aplicadas al ejercicio de la docencia). Este método de investigación es totalmente "*sui generis*" y no se puede reducir ni equiparar a investigaciones empíricas ordinarias cuantitativas o cualitativas.

Sin embargo, los hechos, en esa recuperación de la experiencia, no siempre están presentes, sino que también se recuerdan y lo que se recuerda es tan real en cuanto recuerdo como la realidad presente a nuestra percepción. De "hecho" cuando uno relata sus recuerdos, si estos están vivos, no sólo son recordados de manera conceptual; lo que uno recuerda es la realidad aprehendida y que constituye algo de lo que somos. Lo que recordamos se piensa y se siente como si estuviera ocurriendo en el momento que sucedió.

El recuerdo en tanto realidad nos ofrece la posibilidad de filosofar porque no es una ficción sino parte de nosotros, y, aun, el agregado que pudiera haberse filtrado más allá de lo que sucedió en el pasado se hace realidad en el momento de agregarlo, como agregado, pero si está ahí presente ahora

es porque más que agregado se ha convertido en parte de la cosa vivida; eso es suficiente para poner atención en él y en lo que ha ocurrido de verdad, pues ahora no hay límite entre lo ocurrido y lo agregado, constituyen un solo hecho del cual hay que investigar y desde el cual podemos partir, como una realidad, para encontrar qué es esa realidad tal llamada justicia.

De la anécdota como hecho, como realidad, nos permitimos, en este tipo de investigación, indagar, acompañarnos de ella para redimensionar a la realidad que no es algo a conquistar, sino algo inmediatamente dado en el sentir humano, pero no como puro dado. Antes de la conciencia y de la comprensión, hay el sentir real: "el sentir es realidad sui generis. En todo sentir el hombre se siente a sí mismo, se siente bien o mal, agradable o incómodamente. El sentir es la patencia real de algo" (Zubiri, 1999: 75).

Para Zubiri, "el momento radical del que hay que partir para plantear adecuadamente las preguntas éticas y lo que se debe entender por la misma no es la comprensión ni la experiencia del rostro del otro, sino algo más elemental y trascendental: el momento de realidad del sentir humano" dice Corominas (2000).

Por ello para realizar una búsqueda de experiencia de rebeldía ante la injusticia en la escuela como una fuente de la pregunta moral en el ser humano, la filosofía primera de Zubiri o su realismo filosófico es una herramienta que nos posibilita entender la línea que atraviesa este tipo de investigación: los actos justos/injustos en la escuela que nos generan preguntas a las cuales nadie nos responde cuando niños; algunas de ellas ya planteadas arriba, que es un pequeño rosario de sospechas y que están ahí latentes esperando, ahora sí, ser contestadas.

La pregunta por la realidad moral del hombre, en la escuela, a partir de una experiencia que nos es cercana como lo es el acto mismo de la rebeldía ante la injusticia, exige replantearse qué sea eso de la justicia, a qué le llamamos la experiencia de rebeldía, exige revisar qué sea en realidad eso de la escuela, más allá de las definiciones que pueda hacer; exige preguntarse por el hombre y por su dimensión moral que lo lleva a la búsqueda de repuestas para aquellas preguntas que brotan de la experiencia de injusticias cometidas por nosotros o sufridas por nosotros.

Considerar a la escuela como pretexto para reflexionar sobre la educación en el hombre no es cualquier pretexto, sobre todo si consideramos que gran parte de nuestra vida la pasamos en la escuela. Ahí ocurren cosas que uno aprende y que repercuten en lo personal y social, como todo cuanto ocurre. Poner atención en la vivencia de la injusticia no tiene como finalidad última definir que sea la justicia o cómo se debe enseñar la justicia en la escuela, como si fuera un valor del que hay que apropiarnos para ser más buenos. No, la finalidad es ir a la realidad escolar para regresar a ella después de recorrer por lo que le puede al hombre en su ser personal: el malestar ante una experiencia injusta que lo hace rebelarse porque se sospecha que lo injusto pudo o puede ser de otra forma y no como sucedió o está sucediendo. Sobre todo, cuando uno se da cuenta que no es que sea ya injusto o no, sino porque quien está realizando tal acto es alguien como nosotros, si no es que somos nosotros mismos quienes estamos actuando injustamente.

Aprender a aprender, aprender a ser, aprender a convivir y aprender a hacer (Delors, 1998), está bien, pero sobre todo si se desea tener un mundo más justo, porque estos cuatro pilares de la educación bien pueden ser uti-

lizados para cometer las mayores infamias y los actos más injustos, pues se puede aprender a aprender, aprender a ser, aprender a convivir y aprender a hacer, sin preguntarse para qué o como quién.

Preguntarnos por cómo debe ser la educación del futuro (Morin, 1999) o cuáles son los pilares de la educación, de nada sirve si no se pone atención en que la educación ya está ocurriendo ahora, que algo está pasando en la escuela y sobre todo preguntarnos respecto a qué es la educación y para qué educar. Para ello se implica la pauta metodológica que se descubre en *Inteligencia Sentiente* de Zubiri (1982) partir de un análisis fenomenológico, arrancar de los hechos, revisar la parte del discurso, del logos respecto a esa realidad y luego ubicar esa realidad en respectividad y en marcha a través de la razón, dar cuenta de esa realidad para regresar a ella. **La tal realidad a estudiar es la realidad moral del hombre, en su búsqueda por la justicia y sus posibilidades de ser aprehendidas en la escuela, a partir de la experiencia de rebeldía ante la injusticia, que se comete y se vive en ella, de la cual se dice que es un lugar en el que se privilegia como espacio para "educar" a los hombres.**

Así pues, partiendo de los hechos y apoyados de la investigación reflexiva, antes de situarnos en una explicación del hecho educativo para hacer del hombre una persona justa o el "ser" moral del hombre, se exige situarnos en el hecho educativo y pasar al logos que brota de esta realidad, para cerrar un primer ciclo de este análisis en el mismo nivel o plano de realidad, al dar razón o dar cuenta de ese hecho educativo.

La reflexión lograda desde esa vinculación entre la estructura dinámica de la realidad, y su relación con la experiencia de rebeldía ante los actos injustos, para lo cual nos remontamos a qué sea el hombre en cuanto realidad que experimenta realidad. Así la reflexión sobre esta experiencia, como hecho en sí, nos posibilitará caer en la cuenta, de qué es el tal hecho educativo, como realidad, que nos descubre las distintas posibilidades del hombre para hacerse una persona justa y aprender a vivir la injusticia en un mundo educativo, que lo prepara pretenciosamente para vivir en la justicia.

CONCLUSIONES: MALESTAR Y AUTONOMÍA

En la escuela sucede un sinnúmero de situaciones injustas que generan un malestar en el aprendiente. La reglamentación, la ley o la norma está sobre los estudiantes; importa más saber que se cumple la norma, aunque no se pregunte si ésta le sirve al alumno. Desde niños estos aprendizajes nos van afectando, para bien o para mal, las situaciones de injusticia que aprendemos nos enseñan más de lo que aprendemos sobre ella en las clases. ¿Dónde está la injusticia en la escuela, en casos como este? Pues en que a los profesores les importan poco lo que le está ocurriendo al alumno. En situaciones de dolor, cuando se pierde a un ser querido, cuando se sufre una injusticia, ya sea porque el tío les quitó la estufa, ya sea porque el papá le pegó a la mamá, ya sea porque la hermana se fugó con el novio, ya sea porque el alumno o alumna se pelea con su hermano o con sus papás, o anda "derrapando" por alguna "chiquilla" o chiquillo, no se está en condiciones de poner atención, de aprender, de comportarse como siempre, o como le mandan que se comporte; sin embargo, esto al maestro ni le va ni le viene, es raro, aunque sí los hay, que se preocupen por lo que te pasa fuera de la escuela.

¡Qué injusto que el profesor, representante de la escuela, espacio que existe para educarse, no tome en cuenta lo que les pasa a sus alumnos fuera de ella!
 ¡Qué injusto para el profesor que se le tenga que pedir que tome en cuenta esto, cuando a duras penas, y casi le es imposible, puede poner atención en lo que le pasa a cada uno de sus alumnos dentro del aula!

Sentimientos encontrados. La escuela excluye; expulsa a todos aquellos que no cumplen ciertos requisitos o que no "pasan" de acuerdo con los criterios que se han preestablecido. La selección "natural" se hace evidente, sólo sobreviven los más aptos. ¿Qué pasa con aquellos que no acepta? Más allá de lo que se pueda mostrar por las investigaciones sociológicas sobre educación, lo que importa señalar en este renglón, es que "algo" sucede con las personas, y con su realidad personal, que no pueden acceder a un nivel superior en la escuela. ¿Es que acaso la escuela es injusta por definición? Hay algo que haga que la escuela de por sí se viva desde el principio una relación de desajuste, de injusticia, que provoque esos sentimientos encontrados, entre la alegría de ver que puedes seguir estudiando y la tristeza de ver que hay muchos de tus amigos que por una u otra razón ya no pueden hacerlo. ¿Tendrá que ver esto con alguna condición humana, ya que la escuela está conformada por nosotros, seres humanos en búsqueda? La escuela persiste, está ahí y en ella se forman personas que obran justa o injustamente, no puede ser causal la forma como impacta o influye en los alumnos, pero deja huella. Lo importante aquí no es la escuela como tal sino la experiencia en sí misma en la que ocurren esas cosas que nos enseñan cuando algo no está bien, que nos brindan la oportunidad de desarrollar nuestro ser moral. ¿Qué morales entran en juego de por sí en la escuela? ¿Podemos decir que, en la escuela, en general, hay situaciones tales que generan estos aprendizajes? ¿Existe alguna estructura moral en las personas tal que, ya sea en una u otra escuela, siempre sean capaces de aprender la experiencia de la injusticia y la exclusión?

Parece ser que la escuela en sí le deviene el ser injusta por la estructura en la que se encuentra inmersa, una estructura social que compleja en su realidad nos lleva a percatarnos que lo que sucede en ella, sucede a su vez en sus instituciones, pues son parte esencial de ellas. La escuela, como institución, no puede responder con justicia a todas las situaciones que tiene que enfrentar, por las condiciones mismas que vive y por la normatividad y condiciones materiales en que se encuentra. Sin embargo, si podemos detectar lo injusto de la escuela como institución es porque algo ocurre en ella que, a su vez, es justo y vale la pena. Más, esto de nada le sirve a quien vive la experiencia de quedar fuera cuando desea ingresar a una escuela y no cubre los requisitos que marcan sus estatutos o normatividad. Lo injusto para quien esto sufre consiste en que no se cumplen sus expectativas, ya sea porque no hay más cupo, ya sea porque le faltó una décima para tener derecho a recibir ficha para presentar examen, ya sea porque no pasaron el examen, o simplemente porque no se tienen las palancas adecuadas para ser aceptado en la escuela, aunque no se pase el examen. ¿Qué sucede cuando un alumno se da cuenta de que él no quedó en la escuela donde presentó solicitud de ingreso porque no pasó el examen y otros que tampoco lo pasaron sí se quedan, sí entran, y se les da derecho a formar parte de los alumnos aceptados por la escuela?

La experiencia de rebeldía ante la injusticia que se vive en la escuela nos lleva a sentir cosas, a tener sentimientos que confrontan lo que pensamos

o creemos con aquello que se nos presenta como una cruda realidad, a tal grado que nos hace pensar diferente sobre esa realidad y a creer otras cosas más allá de lo que nos han hecho creer. Cuando se tiene esta experiencia de exclusión, y se vive en carne propia, poco queda para caer en la cuenta de que la escuela en sí misma no es responsable de tener un cupo determinado, no son las personas que se encuentran dirigiendo la institución los que determinan siempre cuántos alumnos pueden ser aceptados, sin embargo, en muchas ocasiones, sí son ellos los que determinan quiénes sí se quedan. Ahí hay una veta enorme de posibilidades de injusticias que se cometen contra quienes tienen derecho a ser aceptados por el simple hecho de que son miembros de una sociedad que regula y debe posibilitar la educación en todos sus niveles a todos sus miembros. Este tipo de injusticias parece ser más bien de carácter estructural.

¿Qué pasa con la escuela como una instancia en la que de por sí van a suceder situaciones injustas de carácter estructural? ¿Es posible partir de esta situación para aprender a usar la experiencia de rebeldía ante estas injusticias como una fuente de la pregunta moral?

Sócrates decía que más valía sufrir una injusticia que cometerla. La razón estaba por encima de la emoción; aquello que te hace humano es bueno, aquello que te deshumaniza es malo. Lo que te deshumaniza es hacer cosas que no corresponden con lo constitutivo humano, es decir mediante la razón uno puede comprender que no se debe cometer injusticias pues uno es malo o se hace malo; en ese sentido es mejor sufrirla ya que ayuda a que se fortifique la voluntad, la capacidad de ser ya sufrirla se vive involuntariamente, no está en nosotros en querer sufrirlo, es un agente externo el que la está cometiendo y de ahí que sea su voluntad la que entre en juego y no la de nosotros. Si nosotros asentimos a hacerle daño intencional y voluntariamente a un semejante, entonces lo estamos haciendo libremente y esto afecta nuestra forma de ser, pues somos el agente que ha decidido actuar así y su impacto está en cómo nos vamos conformando como seres humanos. Esto se dice desde una filosofía que ha sido esclerotizada al olvidar que la situación concreta que se vive es más compleja que lo abstracto de razonamientos que brotan de teoría elaborada desde un contexto diferente a aquel en el que nos encontramos hoy día. Desde una perspectiva que parta de lo conceptual claro que es mejor sufrir una injusticia que cometerla, si se parte de creer de veras que ser injustos nos destruye y ser justos nos va constituyendo como seres humanos. La vida sentida en carne propia nos lleva a tener la sensación de que se disfruta más cometiendo una injusticia que sufriendola, pero brota necesariamente, más tarde que temprano, la pregunta de que si es bueno aquello que me causa satisfacción o placer y si es malo todo aquello que me causa dolor o sufrimiento.

Sin embargo, quién duda que alguna vez haya sentido el placer que provoca el cometer una injusticia, el vengarse de manera intencional de quien tiene la autoridad y por un rato te permite ejercerla; quién no se ha mareado con el poder y se olvida de aquello que le enseñaron respecto a no abusar de él. Quién no ha sentido las ganas de hacer lo que otros hacen y que lo disfrutaban, sobre todo porque es malo, porque está prohibido. Más, este placer, ¿cuándo se acaba? ¿qué es lo que se siente tan pronto se desquitó uno? ¿En qué momento se puede dar la experiencia de rebeldía ante la injusticia en la escuela y decir ya no más, si se aprende a disfrutar el cometer la injusticia?

REFERENCIAS

- Aranguren, J. L. (1985). *Ética*. Alianza editorial. Madrid.
- Adorno, T. W. y Horkhemeier, M. (1998). *Dialéctica de la ilustración*. TROTTA. Madrid
- Boff, L. (2003). El ethos que ama. *Revista electrónica Koinonia*. <https://www.servicios-koinonia.org/boff/articulo.php?num=022>
- Bourdieu, P. (1996). *La reproducción*. Fontamara. CDMX.
- Buxarrais, M.R. (1997). *La educación moral en primaria y en secundaria*. Biblioteca del normalista. SEP. CDMX.
- Camus, A. (2001). *El hombre rebelde*. Alianza. Madrid.
- Corominas, J. (2000). *Ética primera. Aportación de X. Zubiri al debate contemporáneo*. Descleé de Brower. Bilbao. Bizkaia.
- Delors, J. (1998). *La educación encierra un tesoro*. Unesco.
- Freire, P. (2000). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI. CDMX.
- Fromm, E. (1986). *Ética y Psicoanálisis*. FCE. CDMX.
- Fullat, O. (2003). *Filosofías de la educación*. Paideia, CECSA. CDMX
- Heller, A. (1999). *Teoría de los sentimientos*. Taurus. Madrid.
- Illich, I. (1971). *La sociedad desescolarizada*. Barral Editores. CDMX
- Latapi, P. (1999). *La moral regresa a la escuela. Una reflexión sobre la ética laica en la educación mexicana*. Plaza y Valdés. CDMX.
- Mardones, J. M. (1999). *Desafíos para recrear la escuela*. PPC. CDMX.
- Morin, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Unesco.
- Peter, R. (2001). *Ética para errantes*. UIA. CDMX.
- Rubert de Ventós, X. (s.f). *Ética sin atributos*. Anagrama. Barcelona.
- Zubiri, X. (1998). *Inteligencia sentiente. Inteligencia y realidad*. Alianza. Madrid.
- Zubiri, X. (1982). *Inteligencia sentiente. Inteligencia y logos*. Alianza. Madrid.
- Zubiri, X. (1983). *Inteligencia sentiente. Inteligencia y razón*. Alianza. Madrid.
- Zubiri, X. (1992). *Sobre el sentimiento y la volición*. Alianza. Madrid.
- Zubiri, X. (1986). *Sobre el hombre*. Alianza. Madrid.